



"Nuevo sistema de carro para recoger la basura que se emplea en algunas ciudades de los Estados Unidos." 1910, n.º 1467, p. 103.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Con el otoño vuelve, indefectiblemente, la conversión del cólera morbo asiático, y las conjeturas, y las precauciones sanitarias, y todo lo que se relaciona con la terrible enfermedad enviada por el Ganges y que un tiempo asoló a Europa.

Un tiempo... Pero ese tiempo ha pasado. No podemos dudarlo, cuando ya tantos años hace que la epidemia amaga y no da, contenida por los adelantos de la higiene y por los progresos de la ciencia médica, que a mediados del siglo pasado se declaraba impotente para atajar la invasión del azote.

Las epidemias nos han enseñado de un modo categórico el valor y la eficacia de la higiene. Si que dase en el espíritu de las gentes la menor duda acerca de la importancia de la limpieza y el saneamiento público, la observación de cómo han decrecido y casi desaparecido estas pestes horribles que en la Edad media estremecían y diezaban a los pueblos, bastaría para demostrar que todo esfuerzo tiene recompensa y todo adelanto trae un resultado positivo y bienhechor.

No es completa, no es ni aun relativamente satisfactoria, la higienización de las grandes ciudades; dejan que desear los alcantarillados, el servicio de aguas, los barrios, la ventilación en las casas donde se alojan los pobres y los humildes; no se vigila ni la mitad de como es debido el que los alimentos no se sofisticuen; no están suficientemente oreados ni aseados los puntos de reunión, teatros, cinematógrafos, casinos; no se persigue lo bastante a los ratones, conductores y propagadores de toda infección; y sin embargo, con lo poco que se ha hecho en el sentido de higienizar, ha sido bastante para que no se repitan las tristes escenas descritas por Galdós en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, por Patxot en *Las ruinas de mi convento* y por Eugenio Sué — a su manera y en su cuerda peculiar — en *El judío errante* (si no me engaño, pues algunas de estas lecturas ya ni recuerdo cuándo las hice). El misterioso terror del contagio ha desaparecido; se sabe que habría medios para combatirlo y extirparlo aunque se presentase; se sabe cuál es su vehículo, cuál el microbio que lo produce; no es una fuerza oscura, fatal, que hiere en la sombra; se le ve venir de frente, y de frente se establece la defensa enérgica y activa.

Entre los folletos curiosos que guardo en mi librería, hay uno encaminado a demostrar que el cólera es un castigo especial del cielo, similar a los que descargaron sobre las pecadoras espaldas de Babilonia, Sodoma y Gomorra y de las tropas de Senacherib, y a las plagas que Jehovah envió a Egipto para que fuese justo con los hebreos. No se crea que el tal folleto es muy antiguo: mi ejemplar es de la segunda edición, 1888, y creo que la primera (que no he hojeado, procedamos con escrupulo bibliográfico) vio la luz hacia 1866, después del ramalazo de cólera del año 1865. Su autor, reiteradamente, se declara católico antes que académico, por si ignorábamos que la pila del bautismo precede al honor de ser nombrado individuo de varias corporaciones científicas y literarias españolas y extranjeras; pues salvo esta idea de orden cronológico, no veo qué clase de oposición pueda existir entre la cualidad de católico y la de académico, sea de los Arcades, sea de cualquiera otra respetable Sociedad. Al frente del opúsculo figura una *Advertencia importante*, dirigida al lector; y no entiendo por qué no he de reproducirla aquí, con su transposición elegante y sus notas, que tiene cuatro para dos quintillas:

No anhele la aprobación  
del que se muestre estudioso (1).  
Yo quiero la aceptación  
del hombre sin presunción  
que es sincero y religioso (2).

No fué mi objeto lucir (3)  
mi modesta inteligencia  
al mi opúsculo escribir,  
sino tan sólo esparcir (4)  
la Fe, la Moral, la Ciencia.

No altero un ápice, ni quito ni añado punto ni coma a este documento humanitario, digno de que lo coleccionase Flaubert, que se divertía en reunir testimonios del candor de nuestra especie (no siempre debe llamarse a las cosas por su nombre, y escribo *candor*). Ahora bien: si la tesis del autor de este opúsculo hubiese prevalecido, tendríamos cólera cada dos ó tres años, y peste bubónica cada seis ó siete, como la hubo en Barcelona hasta que empezó en Europa la campaña sanitaria, todo lo incompleta que se quiera, pero suficiente a contener las epidemias antes de que adquirieran tremendo desarrollo. Porque una cosa es reconocer que Dios nos tiene en su mano y hace de nosotros según sus designios, y otra es caer en el fatalismo de atribuir los males a la ira celeste y cruzarse de brazos ante ellos, bajando la cabeza y dando por hecho que hay que sufrir y callar y esperar a que la Providencia lo arregle. Precisamente — insisto en ello — las epidemias han venido a ser demostración palmaria de lo que puede la voluntad del hombre, en su lucha con la naturaleza tantas veces enemiga.

En otro tiempo, las guerras eran origen de pestes. Ninguna peste han causado las últimas guerras europeas. La mortandad fué enorme en la franco prusiana: Sedán, sin exageración, pudo calificarse de carnicería. Con todo eso, y a pesar de haberse desarrollado entre los soldados, y especialmente los prisioneros, la inevitable disentería, no hubo que añadir a los horrores de la matanza y a las atrocidades de la Commune una plaga de cólera ó de peste negra que se hubiese difundido por otras naciones, después de desolar a Francia. Son ya estas pestes características de los países sucios, es decir, de los países más sucios, y donde la forma religiosa de enterrar a los muertos no está de acuerdo con las prescripciones de la higiene. Así, en la India, parece que se dejan los muertos al aire ó se arrojan al sagrado río, con lo cual lo convierten en depósito de infecciones. Los ingleses luchan por desterrar estas supersticiones que perpetúan el peligro del Ganges; y aunque tardarán en extirparlas, es de suponer que lleguen a conseguirlo, porque los indios son una raza inteligente, capaz de darse cuenta de lo razonable y de lo útil, aunque prefieran su nirvana. Rusia, de donde parece que viene ahora el *huésped*, como se le nombraba en los años de terror, se cuenta también entre los pueblos *espesos*, y permítase este modismo. La suciedad rusa es la que engendra el clima frío; suciedad tal vez más repulsiva que la de los climas cálidos, donde, al fin, la gente, por egoísmo, se remoja y anda medio en cueros. Es verdad que tienen fama los *baños rusos*, en que alternan el vapor casi hirviendo y la ducha helada; pero ¿cuántos rusos se bañan de ese modo? La inmensa mayoría pasa el invierno entero sin cambiarse de ropa, durmiendo vestidos a orilla de la estufa, y el tener cama, verdadera cama — si hemos de estar a los relatos de los viajeros — es un lujo, aun en las clases pudientes. Gogol ha pintado un cuadro alarmante de la porquería de su patria; y si bien desde Gogol acá también Rusia ha progresado, que al cabo no hay rincón del mundo donde no se progrese, en estas materias y en un tan enorme imperio, tiene el progreso que ser lentísimo, y el cólera, propagado en las inmensas ferias donde se reúnen mercaderes de toda el Asia, cargados de telas y mercancías sospechosas; donde se condensa, por decirlo así, la pintoresca inmundicia del Oriente, ha de venir forzosamente de Rusia, si de alguna parte del continente europeo está escrito que venga, cada dos ó tres años, a dar un susto leve y retirarse...

Es interesante recordar que, en Egipto, la peste negra ó bubónica fué completamente desconocida mientras existió la costumbre de momificar, no sólo los cadáveres, sino las carroñas de animales — gatos, perros, ibis, hasta cocodrilos. — Ese pueblo laborioso é industrial, uno de los grandes fautores de civilización en la antigüedad, se consagraba a embalsamar a sus muertos, y sin saberlo, atajaba así en germen cualquier peligro. Bien puede asegurarse que las plagas, entre las cuales se contó la peste, fueron obra de Jehovah enojado, pues los anales de Egipto, tan detallados, tan exactos, no hablan de epidemias. Allí se hacía un consumo enorme de esa substancia que llamamos nafta ó betún, asfalto ó momia; se había suprimido la podredumbre; se construían las necrópolis como palacios, y es posible que el sabio pueblo

- (1) No, y mil veces no.
- (2) Sí, y mil veces sí.
- (3) No, y mil veces no.
- (4) Sí, y mil veces sí.

que llegó a arrancar a Atenas el cetro de la cultura, no ignorase que son los muertos los que, al descomponerse, esparcen la muerte. Suele decirse que los egipcios profesaban el culto de las sepulturas, un culto a la muerte: no era así en realidad: al ocuparse tanto y tan asiduamente de los difuntos, lo que hacían era defender la vida y la longevidad, en Egipto extraordinaria.

Todo lo cocían en betún: betún grosero para los pobres, betún delicado, depurado é impregnado de aromas, para los ricos y los poderosos, pero igualmente salubre, pues el asfalto — ahora se sabe y se aplica — es el enemigo de la humedad y de toda fermentación pútrida. Un pueblo que se pasa la existencia entre betún, no debe temer contagios; y no los había, efectivamente. Otra idea higiénica, disfrazada de superstición, era la de vedar que el sagrado Nilo fuese ofendido arrojando despojos y cuerpos muertos a su corriente. La peste acechaba, cuando se hubiese consentido tal atentado. No se consentía. Y hasta las vísceras, hasta los corazones de los muertos eran hervidos en betún, antes de pasar a los vasos canopeos que guardaban el ataúd de la momia y parecían velar su sueño tranquilo, entre tiras de lienzo y dentro de una caja de dorada y pintada madera, que no podía atacar ni la polilla.

Al cambiar de religión; al despedirse de Isis, Osiris, Hermes, Hathor, Serapis y el ladrante Anubis, Egipto cambió de modo de enterrar, y comenzaron las pestes. Cosa extraña, pues el cristianismo y el catolicismo no se oponen a que los cadáveres sean embalsamados, y bien pudo adaptarse, en esta materia, el nuevo culto a la tradición. Ello es que no se adaptó; que el betún dejó de envolver los cuerpos, y que la bubónica, desde el siglo vi de la Iglesia, cayó sobre las márgenes del Nilo, haciendo estragos, no sólo en los cuerpos, sino en los espíritus, que apoca y envuelve en una fatídica sombra de miedo y espanto.

Los doctores nos reaniman — si es que hiciese falta, que tengo para mí que no la hace. — Nos ordenan no comer nada crudo, tomarlo todo caliente y bien cocido, porque el bacilo del Ganges no resiste arriba de los 60 grados de temperatura. Si esto es cierto, el remedio, como suele decirse, no está en Roma. Es una regla ya universal de higiene cocer bien los alimentos y hasta hervir el agua que se ha de beber.

Antaño — cuando el cólera se presentaba rodeado de un prestigio casi sobrenatural, — la profilaxis del cólera era otra; de seguro, menos eficaz, puesto que arrojaba el azote, en vez de aplacarse. Se empleaban los astringentes, en primer término. Sopa de arroz tostada; carne seca asada; jalea y pasta de membrillo — he aquí el *menú*. — Proscritos los pimientos, los tomates, los melones, las uvas — por instinto, como se ve, la gente huía ya de lo que suele comerse crudo ó poco pasado.

Existía un zapatero remendón en Marinada, tan menesteroso, que nunca había logrado darse un harago de cosas buenas, de fruta sazónada, legumbres selectas y ensaladas finas. Al ver que con el cólera quedaba intacto el surtido en los cestos de las placeras, díjose el hombre: «Esta es la mía.» Y sus atracciones dejaron memoria: le regalaban los comestibles, por no tirarlos. Cada vez que pasaba un entierro — y era incesante el lúgubre desfile — las vecinas anunciaban al remendón, ocupado en rellenarse de uvas moscatel, que al día siguiente pasaría el suyo. Y no pasaba, ni al día siguiente, ni al otro, ni pasó en jamás, hasta muchos años después, llegado el momento de pagar la deuda común de los mortales. Nunca gozó el zapatero de mejor salud que mientras se apiórró de melones y sandías, fresas y peras urracas, según la estación; porque mucho tiempo duró el miedo a las frutas, y se hizo un consumo fabuloso de una sola, el membrillo, como si el problema del cólera se resolviese con llaves, candados y cadenas, cuando se hubiese resuelto antes por medio de escobas, freganzos, agua sublimada, cloruro y demás desinfectantes, a la sazón no muy conocidos, y menos usados.

El espanto, convertido en médico, sugería remedios heroicos. Este se curaba con dos ó tres azumbres de aguardiente absorbidos en una noche; aquél tomaba un purgante de caballo, conocido por *Lerroy*, y después de deshacerse, quedaba sano. Al uno le envolvían en sábanas mojadas y chorreantes; al otro le daban una paliza con ortigas, abrojos y ramas de espino, y ensangrentado, sin pellejo, curaba también. Lo cual prueba que por todas partes se va a Roma y que no se puede pronosticar nada seguro en medicina. Y menos podría pronosticarse, dentro de lo científico, que apenas fué sacado en procesión el famoso Nazareno de Marinada, cesó la plaga.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.